yo? ¿Quien se ha servido más que yo de sus energías? Y sin embargo giro en mi órbita propia, no he perdido mi humilde personalidad. Ya vés que pronto te ofrezco un ejemplo para combatir tus teorías.

Una sonrisa levemente irónica desplegó los labios de don Tomás, que repuso con acento paternal:

—Vamos Teodoro no me obligues á decirte la verdad. Tu eres más yankee que ninguno, más que todos nosotros.

—Yo?

—Sí, tú. Mira la fábrica: no hay en ella un solo elemento del país; repasa tu biblioteca: sólo encontrarás obras en inglés; recorre tu casa: los muebles, los criados, las comidas, las costumbres, todo pertenece á esa raza que afirmas odiar tanto.

—Que gracia!—exclamó don Teodoro, riendo con franca risa.—Entonces no comprendes mi modo de ser. Desprecio á esa raza, pero la utilizo. Tengo obreros norteamericanos, como tendría caballos normandos ó vacas de Jersey: porque son fuertes, por-

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

que á la postre producen más. Eso no quita que aprecie doblemente á nuestro pueblo. En cuanto á libros industriales, ¿quienes los tienen mejores en el mundo que ellos? los utilizo también. Y por lo que toca á la casa, soy amigo de la comodidad y la tomo donde la encuentro. Pero soy siempre el mismo, esa gente no me cambia, no me puede cambiar.

Julio cortó la discusión temiendo la derrota que á su padre esperaba.

—Sus argumentos—dijo volviéndose á don Tomás con galanteria francesa—son muy sutiles é ingeniosos, hasta ahora; pero, me permitirá decirle que no los creo de todo punto sólidos.

—No lo son, está Ud. en lo justo: pero es que aún no he terminado. He querido empezar por los más débiles, por los que no tienen importancia. Voy á seguir en *crecendo*. Le hablaré de nuestros orígenes, de nuestras mujeres, de nuestra política, de todas las causas, que, á mi ver, han influído en nuestra desaparición. Mañana continuaremos, si le parece. Hoy creo

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

que tenía Ud. un paseo proyectado con Emma. Ya es hora.... Las tres de la tarde.

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

XVII

Aquella noche no pudo resistir Julio á la tentación de hundirse en las profundas reflexiones que los sencillos argumentos de don Tomás, llevaron á su espíritu impresionable. Vió en el fondo de ellas un gran sentimiento de verdad. ¿Había—empezando por él mismo—un sér menos original? El, que sentía cierta compasión hacia su padre al verlo arrastrado por el torbellino yankee, y cierta repugnancia, por su tío al verlo echarse voluntariamente en ese torbellino, ¿era, por ventura, más que el uno ó que el otro? ¿Representaba él á su raza dignamente? Nada menos que eso. El era un ser híbrido, cosmopolita, lleno de un falso patrio-

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

tismo, que no era en el fondo, sino una necia preocupación. Su padre era el débil arrollado por el fuerte; su tío el audaz que mantiene contra todo sus opiniones; él, era casi un extranjero, libre del mal por no haberse expuesto al contagio, pero impotente para atacar al mal. ¿Y él representa á su raza agonizante? ¡qué locura! Don Tomás sí tenía una figura de líneas inconfundibles, de contornos propios: enérgico, resuelto, implacable. Hundía firme el puñal en las entrañas de los suyos convencido de que obraba bien, de que cumplía como hombre honrado. Sus hijos no eran menos que él. Frutos dignos del árbol que les dió vida: Santiago el propagador infatigable de sus opiniones, el hombre de lucha, el apóstol; Emma, la sublime mujer de la raza yankee, independiente, varonil, enérgica, sin el terror del solterismo, ni la necesidad del macho como portador del sustento.

¡Qué diferencia entre ellos y él, entre ella y Margarita! El tenía el apasionamiento en la palabra y la

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

impotencia en la acción. Era capaz de sentir, pero no de hacer. Y entre Emma y Margarita, también, qué diferencia. La segunda era el prototipo de su raza engendrado por el vicio de las costumbres; de la mujer latina, sublime, pero impotente; imperfecta, incapaz, incompleta. ¿Quién podía decir si Margarita le amaba ó si no veía en él más que su complemento, su salvador del ridículo celibatismo: su báculo para subir la áspera pendiente de la vida? En cambio Emma, cuando amara, amaría por necesidad de amar, por el cumplimiento de una gran ley: la ley de la naturaleza.

Así evolucionaban sus ideas cuando sintió algo como el toque del remordimiento. Volvió sus ojos al retrato de Margarita y se le arrasaron de lágrimas los ojos. El era ingrato, él era cruel, hasta en eso le faltaba personalidad. Lloró sinceramente y le pareció, que renacía en su alma más fecundo y más fuerte, el amor á la niña debil, incompleta y enfermiza.

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

XVIII

—Lamento—decía don Tomás, al siguiente día—no tener como mi hijo espíritu de propagandista. No sirvo para predicaciones, ni conferencias. Tenía el proyecto de hablar á usted largamente de los motivos que han dado margen á nuestra rápida desaparición y después de reflexionar he encontrado innecesaria mi tarea. ¿Usted se quedará algún tiempo en el país, nó? Pues bien, lo que yo pudiera decirle ahora, Ud. lo verá prácticamente, lo comprenderá por sí mismo. Las palabras mías podrían tomarse por un exceso de entusiasmo, por hijas de la parcialidad: en cambio ante la evidencia, hay que inclinarse y Ud. se inclinará.

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

—Sin embargo desearía oírlo—repuso Julio.—Nada hay más doloroso que los golpes de la experiencia, cuando son inadvertidos; prefiero estar preparado para sufrir. Reflexioné anoche en lo que hablamos ayer, y no dejaron de impresionarme sus palabras. Si eso ha pasado con los argumentos más débiles, los más fuertes, quien sabe, tal vez me convencerán y sería mejor. Vengan, aunque sean ligeramente expuestos.

—No podría exponerlos de otro modo. Se me ha pegado de los sajones el laconismo. Yo voy al grano, directamente al grano. Además lo que tengo que decir no requiere extensión. Mucho de ello, Ud. lo conoce perfectamente. Lo tocante á origen y educación de ambos pueblos, por ejemplo. El pueblo yankee, educado en las prácticas de la libertad, en el ejercicio de sus derechos, muy dispuesto á dominar y muy opuesto á ser dominado; pero á dominar, no con el fuete en la mano, sino por un medio suave, de plácida asimilación. Nosotros en cambio sujetos á vergonzosa

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

esclavitud, sin práctica ni educación políticas, acostumbrados á tutela, sin fe en nosotros mismos, dispuestos siempre á dejar para el día siguiente, lo que debe hacerse en el mismo día. Este es el problema. Ponga Ud. ahora esos dos pueblos, cerca y en íntimas relaciones. En el uno reinarán las instituciones grandes, que ennoblecen á la raza humana; en el otro habrá un hervidero de políticas mal sanas, de bastardas ambiciones. El uno vivirá para el progreso legítimo y el otro para las revueltas insensatas. El pequeño, ó mejor dicho, el infeliz, el enfermo, sentirá la seducción del grande, del sano. Y esas reducciones son muy peligrosas; las siguen siempre las imitaciones que son funestas. Lo que ha pasado con nosotros no hay más que ver. Deslumbrados por la libertad yankee, nos dimos á copiar sus instituciones, como si bastara con copiar el texto no teniendo la educación. Seguimos siendo tan malos después de la copia como antes, y, en cambio, nos dispusimos á imitar á la gran nación de la manera

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

más servil. El águila vió eso desde arriba y lo aprovechó, ¡claro!, allí, tenía una gran válvula absorvente. Nosotros necesitábamos tutela y ella podía ofrecérnosla; nosotros con más riquezas éramos menos ricos, necesitábamos dinero y nos lo dió. Lo que hace un prestamista con un joven alocado! Por último nos impuso el progreso con sus ferrocarriles, sus vapores, sus canales, sus empresas en general, y con el progreso se nos impuso en absoluto. Nos chupó, esa es la palabra; y todo, por que esa nación fué educada para chupar—permítame seguir usando la palabreja,—y nosotros, para ser chupados. ¿No cree Ud?

—Creo que su antiespañolismo lo lleva á exagerar; pero en el fondo hay mucho de razón. Los españoles, es cierto, trajeron la idea de enriquecerse, únicamente, y no de contribuir á la grandeza de su patria. Caro, por cierto han pagado su espíritu anticolonizador. De la gran España sólo queda la península. Me parece, sin embargo, que nuestra pequeña parte de raza indígena contribuyó á la desaparición

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

ó la fundición—permítame Ud., también mis palabrejas. Una raza fría, como hierática, indiferente, no podía dar un gran elemento para base de una nacionalidad duradera.

—No creo, que en eso estribe el mal. Esos defectos que Ud. señala, son hijos del medio como fueron conquistados. El yugo, los tornó así; ellos eran enérgicos, viriles patriotas. Recuerde Ud. á Urraca, á Quibian, á Tecum-Uuman, á Atlacatl, á Lempira, poderosos, fuertes, casi indomables. El mal que, á mi juicio, de ellos nos viene, es la facilidad para dejarse seducir por lo sobrenatural. De allí resultamos nosotros seducibles. Por otra parte—agregó don Tomás, con suave acento—nuestra educación social y moral no cree Ud. que es una gran causa? Lo es. Nunca dimos importancia al hogar, no se nos educaba para él. Los hombres de nuestra raza fueron siempre malos maridos. Yo recuerdo que cuando era joven, mis contemporaneas se desvivían por los extranjeros, sobre todo por los sajones. Lo que mas venía al país eran

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

americanos y los americanos acabaron por ser ídolos. Se casaron con nuestras mejores mujeres y en la sociedad concluyó también por dominar la raza. Y le advierto que buenos bribones había entre ellos: borrachines, jugadores, mal educados; pero la fama estaba hecha y no había medio de combatirla.—Otro punto importante es el sistema usado por nuestros gobiernos. Repase Ud. la historia de nuestras empresas y de nuestros contratos y verá.....

No pudo concluir su frase. Don Teodoro se presentó en el comedor sudoroso, muy sofocado y quejándose por que eran ya las dos de la tarde y no habían ido al estreno de su máquina cortadora, embaladora y empacadora; una gran máquina.

—Darse prisa, darse prisa, decía con voz emocionada.—Hay que ver esa novedad. No cabe duda que los tales yankees para eso de máquinas se pintan. Lo entienden, lo entienden, no hay duda. Pero anden Uds. Ya Elisa y Emma están allá. ¿Quién diría que las mujeres fueron más puntuales? vamos..... y mujeres de nuestra raza!

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

XIX

El día era en extremo caluroso y en el interior de la fábrica, el concurso de gente y lo estrecho de las ventanas, hacían que el aire pesado, tibio y mal oliente fuese casi irrespirable. Cuando entraron don Teodoro, don Tomás y Julio en la estancia donde el ensayo debía verificarse, encontraron á Emma que próxima á una de las ventanas en busca de fresco, se hacía aire con unas cuantas etiquetas de chocolate que había arreglado en forma de abanico, mientras doña Luisa no se apartaba de la máquina ni distraía sus ojos de ella, segura de agradar á su esposo con esa actitud de mujer atenta y curiosa.

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

—Pues manos á la obra—dijo don Teodoro—y cogiendo la palanca con su ruda mano de hombre acostumbrado á los trabajos fuertes, la atrajo hacia su pecho. Se oyó un ruído como batir de alas y muchas ruedas comenzaron á girar vertiginosamente, mientras una cuchilla que en su rápido sube y baja lanzaba reflejos como relámpagos, iba cortando en partes iguales y pequeñas las grandes marquetas de chocolate que caían divididas á un depósito de donde les tocaba salir embaladas y listas para el consumo. Una sonrisa de triunfo desplegaba los labios de don Teodoro, que repetía, mientras se limpiaba el copioso sudor de su frente:

—Soberbio, soberbio. No, no se puede negar, esta gente sabe lo que hace!

De pronto lanzó un grito inarticulado y su rostro encendido se tornó densamente pálido. La polea seguía girando y las ruedas de la máquina también; pero la cuchilla había dejado de funcionar. La máquina se había descompuesto.

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

—¿Qué pasa?—dijo sin saber á quien hacía tal pregunta—y con voz colérica comenzó después á bociferar.

—Mr. Withman, come, come at once.

El maestro mecánico llegó al momento y procedió á examinar la máquina con minucioso cuidado y seguridad de hombre conocedor. No tardó en encontrar el defecto. Faltaba un tornillo.

Don Teodoro estaba fuera de sí. Iba de un lado á otro, preguntaba, investigaba, era preciso saber inmediatamente, quién era el causante de aquel olvido. No tardó en saberlo. Era el obrero del país. La cólera del fabricante no tuvo límite, se olvidó de que no estaba solo y comenzó á decir mientras daba puñetazos sobre una mesa:

—¡Quién otro podía ser! Claro. El del país. Que gente. Por eso no hemos podido hacer nunca nada. Somos una raza inferior, muy inferior. Mal hago en tratar de mantener esa gente en mi fábrica. Y empezó á pasearse, creciendo en sus diatribas con-

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

tra la raza latina. Felizmente en uno de sus paseos dió con la cara de don Tomás y comprendió todo lo inconveniente de su desahogo. Dominó hasta donde pudo su cólera y exclamó:

—Qué cosas, digo, bien visto él no es culpable. Qué culpable va á ser. No ha visto nunca tales máquinas. La culpa es sólo de Ud.—agregó volviéndose al maestro mecánico.—¿Por qué pone á un obrero que no es conocedor? ¿Por qué no lo hace Ud.? ¿Para qué lo tengo?

Mr. Withman, clavaba en él con asombro sus grandes ojos azules de mirar sereno. No entendía una palabra, don Teodoro hablaba en español.

—Para qué los tengo?–continuó éste volviéndose á su familia y deseoso de recuperar su actitud de latino incorruptible.—Los tengo porque saben trabajar, pues que trabajen. Para sufrir estas cóleras mejor tendría gente de mi raza. Siquiera no viviría entre seres que desprecio. Ya veremos si un latino de veras, soporta estas cosas. Ya lo veremos.

—Vamos Teodoro—repuso don To-

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

más—eso no vale nada.—Todo ensayo tiene sus dificultades. Mañana trabajará la máquina perfectamente. Ahora vámonos que aquí hace un calor insoportable. Yo me ahogo y mi pobre Emma está casi asfixiándose. Vamos. Y descendieron por las estrechas escaleras aspirando con fruición el aire puro de afuera, que se hacía sentir más y más fresco, á medida que se aproximaban á la puerta que daba al campo.

El calor había encendido, más que de costumbre los labios y las mejillas de Emma, y sus ojos llenos de secreta fascinación, brillaban con luz extraordinaria. Parecía una Perí después del baile. Había cierta idealidad en la fatiga que demostraba su rostro.

Julio clavó en ella sus ojos y no pudo contener un extremecimiento.

—La molesta mucho el calor? la dijo.

—Mucho. Pero ahora me refrescaré. ¿Ve Ud. aquel árbol que está á la entrada: ese muy grande, de una copa muy verde? Allí se tiene una magnífica sombra y se descansa muy á

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

gusto. Pienso ir allá. ¿Si Ud. quiere acompañarme?

—Yo, á donde Ud. fuera querría ir siempre—repuso Julio con acento que denotaba emoción.

—Nada más fácil, mientras yo esté en su casa—contestó Emma con naturalidad.

—Y ¿Ud. piensa detenerse algún tiempo?

—No lo sé, depende de mi padre.

Julio iba á decir algo más, pero no se atrevió. Emprendieron el camino en silencio y hasta llegar al pie del árbol, en un trayecto de unas doscientas varas, no volvieron á cruzarse una sola palabra.

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

XX

El lugar señalado por Emma era verdaderamente encantador. Un árbol gigantesco de nudoso tronco y agrietada corteza extendía sus ramas casi horizontalmente, como si quisiera ensanchar la sombra que ofrecía bajo su copa alta, tupida y verde. Algunas raíces adventicias, desprendidas de las ramas habían alcanzado la tierra y nutridas por la gran madre, llegaban á engrosar hasta parecer troncos delgados, arquitecturando, con el artístico desorden de la naturaleza, una como gruta de estalactitas negriverdosas, bajo un pabellón de esmeralda. Don Teodoro había colocado rústicos asientos entre aquellos arcos y columnatas. El paraje era delicioso.

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

—No le parece un lugar muy lindo—preguntó Emma, cuando se hubieron sentado.

—Lindísimo — repuso Julio — con apasionado acento.—Es poético; provoca á soñar, á sentir; me parece un rinconcito propio para un idilio.

—En tal caso debe parecerle triste. Traerá á su mente el recuerdo de Margarita.

—No, absolutamente, al lado de Ud. no me acuerdo de nadie—agregó él, con absoluta sinceridad.

—¿A mi lado? Vamos, es Ud. muy galante; pero permítame que no le crea. Yo no puedo ser lo que ella para usted.

—Tiene razón, exclamó Julio con amargura, como si aquella frase le hubiese herido. Ud. no puede ser lo que ella para mí, lo comprendo!

—Es decir..... iba á agregar Emma, que comprendió la intención de las palabras de Julio; pero no pudo concluir. Un hombre, alto, flaco, sucio y harapiento, se detuvo ante ellos y con voz casi imperceptible preguntó en inglés:

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

—¿Es aquí la fábrica de chocolate?

—Aquí—contestó Emma.

—Yo desearía—agregó el desconocido con voz débil y quejumbrosa—saber si puedo encontrar trabajo. Mi familia y yo nos morimos de hambre. ¿Cree Ud. que podré encontrarlo señorita?

—Siga Ud. y pregunte, nada puedo decirle.

Y el hombre sucio y harapiento, especie de mendigo, encorvado tal vez por el hambre, se perdió entre los árboles que rodeaban la fábrica, mientras Emma refería á Julio las palabras cruzadas con el harapiento.

—Pobre hombre—concluyó diciendo—cuántos hay como él. La sociedad debería reformarse.

Julio que sintió en aquel momento renacer en su alma vivo y animado el recuerdo de Margarita, aquella alma altruista, transformada por él, turbada hasta en sus principios religiosos, quiso sondear á Emma y la dijo:

—¿No comprende Ud. los crímenes anarquistas al ver tanta miseria?

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

—Yo no los comprendo. No es el crimen el remedio. El remedio está en las útiles enseñanzas, que puedan transformar las sociedades. La batalla entre el pobre y el rico no es sino una carga más en la Struggle of life, vamos, la lucha por la existencia como dicen Uds. Un convenio en otra forma; la caridad bien entendida, eso comprendo yo. Pero sépase Ud. que no tengo ideas sobre el particular, digo lo que se me ocurre, y sobre todo hago lo que debo; doy cuanto me es posible para las sociedades protectoras de obreros ¿Ud. conoce esas sociedades? Mi padre puede decirle como son.

Julio guardaba profundo silencio. Sus ojos se fijaban con intensidad en aquella mujer. Parecía fascinado. Un cúmulo de ideas se revolvía en su mente. Qué diferencia entre ella y Margarita. Esta tan práctica, tan serena, tan poco sugestionable, tan superior. La otra tan delicada, tan enfermiza, tan impresionable, tan imperfecta en una palabra. El no se daba cuenta de por qué hacía ese parangón, puesto que lo dicho por

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

Emma no era móvil para hacerlo. El caso es que lo hacía y que sin poderse contener, como si hablara consigo mismo exclamó:

—Es una mujer superior.

—¿Quién? Ud. está distraído. No me ha escuchado.

—No, no estoy distraído, Ud. es la mujer superior.

—Y Ud. el hombre galante. Veo que el lugar poético, como Ud. le llama, influye en su imaginación y esto no conviene en un ausente enamorado. ¿Quiere que volvamos á la casa? Ya la tarde es fresca.

—Volvamos; pero crea Ud. que no es el sitio el que me ha hecho hablar como he hablado. Ha sido Ud.

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

XXI

—Pues bien—dijo don Tomás,—apurando un sorbo de café—la historia de nuestros contratos, de nuestras empresas, como le decía no hace mucho tiempo, es otra de las grandes causas que han influído en nuestra rápida desaparición. Por que ésta es ya un hecho: creo que Ud. no lo pondrá en duda. Fíjese Ud. ¿quiénes han hecho nuestros ferrocarriles, nuestros puentes, quiénes son los propietarios de las más grandes empresas y de las más valiosas fincas? Casi exclusivamente los americanos, pues los italianos, franceses y demás que podrían entrar en el núcleo á que me refiero, representan un número muy peque-

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

ño. El caso es que también son extranjeros. ¿Sabe Ud. de donde proviene este mal? De que nunca hemos tenido confianza en nosotros mismos. Jamás se nos pudo ocurrir que fuéramos capaces de algo grande. Las Municipalidades y los Gobierno influídos también por esta idea, dieron siempre sus concesiones á los extrangeros y en especial á los americanos que ejercieron, en todo tiempo, mayor fascinación. Nuestros capitalistas no han arriesgado sus fondos, sino en empresas regenteadas por extranjeros. Es necesario estar garantizados por la bandera de una gran potencia decían. En fin, los americanos por uno ú otro camino, se hicieron dueños de la vida activa del país, tuvieron bajo sus manos las palpitaciones de la nación. Entre tanto el dinero se marchaba. Aumentó la exportación de bananos, de café y de hule, y que se yo cuantas cosas más; pero el valor de lo exportado se quedaba fuera. Entre tanto la ficción de que éramos ricos ponía alas de condor á nuestro espíritu quijotesco. Nos hici-

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

mos derrochadores, empobrecimos pronto, y nos faltó todo lo que sobraba á nuestro adversario para la lucha. Mientras ellos confiaban, nosotros dudábamos; mientras ellos tenían para regalar, nosotros necesitábamos para vivir. ¿Dígame si no íbamos á paso de carrera al sepulcro?

—Ciertamente—repuso Julio con tristeza, y agregó:—Pero era tanta la fascinación que ejercían sobre nosotros, los americanos, los extranjeros en general?

—¿Qué si era? Le aseguro que cualquier gran nación, sobre todo que no hablara nuestro idioma, nos hubiera podido tomar como nos han tomado los américo-sajones. En todo se veía que éramos víctimas de la fascinación que le pinto. Los peones, la gente del campo, cuando trabajaba bajo la dirección de un *macho*, como se decía en Costa Rica, eran ejemplares. Le obedecían ciegamente, le sufrían con paciencia evangélica sus mayores caprichos, y por último, lo halagaban de todas maneras, con atenciones, regalitos y cuanto Ud. pueda imaginar-

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

se. Creo que si el tal sujeto hubiera hecho una trastada con la hermana ó la hija, de uno de estas gentes, no se hubieran atrevido á enojarse.

—Eso se comprende hasta cierto punto en la gente baja, y casi nada significa; esa masa de la nación no es la que resuelve los grandes asuntos; la gente de las clases altas pensaría de otro modo.

—Ud. lo cree; pero desgraciadamente no era así. En otro sentido estaban tan fascinados como la plebe y sus manifestaciones eran más perjudiciales. Se avergonzaban de su nacionalidad. Tiraban de cualquiera de sus antepasados para poder llamarse ingleses, franceses y, sobre todo, mayor honra, americanos. Huían de mezclarse en política, hubieran dejado hundirse el país por no perder su usurpada nacionalidad. Se les daba un ardite del 15 de septiembre; pero se desgañitaban cantando la marsellesa el 14 de julio, ó el 4 el himno de los Estados Unidos. Ignoraban quienes habían sido Valle, Molina, Goicoechea, etc.; pero se sabían hasta el úl-

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

timo rasgo de cualquier hijo de otras tierras. Esto en cuanto á los hombres; en cuanto á las mujeres, ya se lo he dicho, probaban su entusiasmo de otra manera; dando lo más que podían: sus blancas manos.

—Es horrible—exclamó Julio con acento de cólera.

—Horrible, tiene Ud. razón; pero así es; y mi hermano pretende aún, que somos, ó hemos sido mejor dicho, una gran raza.

Don Teodoro que fingía leer en un libro sobre ferrocarriles, tratado de la vía angosta, para no verse precisado á intervenir en una discusión en que estaba seguro de salir derrotado, al oír aquella directa alusión no pudo contenerse.

—Vamos Tomás—dijo—tu siempre exagerando. He oído algo de lo que has dicho y veo que has pintado con colores muy subidos. Todos dicen que hemos sentido esa fascinación y que nos hemos avergonzado de nuestra raza. Dímelo eso á mí, que no he caído, ni en uno, ni en otro error. Y cómo yo, ¿no pueden haber otros mu-

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

chos? Esos representamos nuestra noble raza. Los otros hicieron bien en desertar porque no eran dignos soldados. Valen más los pocos muchos que los muchos pocos—acabó diciendo con aire sentencioso.

—En cuanto á tí, hago una honrosa excepción—repuso don Tomás con acento ligeramente burlón—pero un solo hombre, querido hermano, por mucho que valga no puede formar una nacionalidad. ¿Qué quieres? Hizo una leve pausa mientras leía un telegrama que acababan de entregarle y cambiando de conversación agregó con visibles muestras de alegría:

—¿Sabes quién me anuncia que estará dentro de ocho días con nosotros?

—Quién?

—Mr. Crissey, el propietario de la línea de vapores: *Fenix*, actual contratista del trayecto de ferrocarril, entre Méjico y Colombia, con quien tengo contratado un tramo. Es un hombre notable. Ahora conocerá Julio un empresario; ese representa á su raza. Me encarga saludarlos á todos, especialmente á tí Emma.

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

XXII

Los paseos de Emma y Julio, por el campo se repetían diariamente. El árbol corpulento que semejaba una gruta de estalactitas, les ofrecía albergue muchas veces. Julio sentía crecer por instantes la fascinación que Emma ejercía sobre él. Los ojos de aquella mujer ardientes, obscuros, de varonil intensidad en la mirada lo seducían. Hasta en el ceño minervino que á veces contraía su entrecejo, encontraba Julio un indefinible encanto. Había comenzado por admirarla é iba concluyendo por asimilarse á ella. Pensaban de igual manera. El había perdido parte de su idealismo: era

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

más sereno, más reposado. De cuando en cuando saltaba en él la fantasía soñadora de su raza; pero al advertir una vaga y compasiva sonrisa en la boca de Emma, se coloreaba de ligero rubor su rostro y volvía á su espíritu práctico y reposado de los últimos días.

Hablaba de un gran proyecto comercial cierta mañana, cuando Emma lo interrumpió diciéndole:

—Por lo que me dice veo que usted ya se ha hecho de los nuestros. Ya le gustan los yankees, como usted dice.

—No sé si me he hecho á ellos, ni si me gustan—repuso él con viveza. No lo sé; pero las conversaciones con su padre y el contacto con Ud. me hacen ver las cosas de una manera muy distinta de como las veía. Mas aún no sé lo que ha influído más en mí, si los sólidos argumentos de él ó la atracción irresistible que siento hacia Ud.

—Hacia mí. ¿Tan fuerte es en usted el sentimiento de la amistad, que la llama atracción irresistible?

—Amistad! no sé si deba llamarse

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

así á lo que siento por Ud.; pero creo que no.

—Qué otra cosa podía ser?

—Ud. sabe lo que es, Ud. lo adivina, por lo menos. No me obligue á ser demasiado claro, vea que yo mismo no me he confesado ese sentimiento llamándolo por su nombre. He sentido miedo. Ud. me dijo en cierta ocasión: «yo nunca podré ser para Ud. lo que Margarita» y eso.....

—Luego....?

—Sí; repuso él con pasión comprendiendo lo que Emma no se atrevía á decir—hoy ocupa Ud. el lugar que ella ocupaba; pero con una diferencia: la que Ud. señaló en las palabras que le he repetido.

Y dando suelta á su carácter espansivo, le habló con ardimiento de su amor, le pintó día por día y hora por hora, cómo su belleza, su gracia, su atracción habían matado su sentimiento por Margarita, para sustituirlo por otro que en nada se parecía al primero, pero era más subyugador, más fuerte, más tenaz.

—Vamos—dijo Emma cuando con-

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

cluyó tratando de ocultar su emoción con una encantadora sonrisa--veo que me equivoqué, Ud. no ha cambiado; sigue siendo el mismo; dejándose llevar de la más leve emoción. ¿A qué hace tiempo que no recibe cartas de ella?

Era la primera vez que Emma no llamaba á Margarita por su nombre.

—Cierto—contestó Julio con resolución—pero es que yo no le he escrito. He tomado la pluma para hacerlo y no me he atrevido. Yo no puedo, no sé engañar.

--Pero engañarse, sí—agregó Emma fingiendo siempre serenidad.—Eso es muy propio de los latinos. En esta ocasión lo veo claro.

Julio, con la mano apoyada sobre el rústico banco, el cuerpo inclinado hacia Emma y fijos sus ojos en los atrayentes é irresistibles de la joven, parecía querer penetrar hasta el fondo de su alma, para descubrir lo que pensaba en ella.

—Emma, por Dios, no hable así, se lo ruego,--dijo al fin con acento desgarrador.—Yo no me engaño. He medi-

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

tado mucho en lo que digo. Hablo por que siento!

—Que siente, lo sé: es cualidad de los temperamentos nerviosos sentir mucho, y también, permítame que se lo diga, confundir una ilusión pasajera con un amor profundo.

—La mía no es ilusión; no le llame amor si no quiere; pero llámele fascinación, atracción, hipnotismo. Algo muy grande, muy fuerte, muy invencible. ¿No lo cree?

—Yo creo todo lo que Ud. me diga; pero haremos una cosa antes de volver á tratar este asunto.

—Cual?—exclamó Julio con ansiedad.

—Primero: aguardar á que Ud. reciba cartas, que seguramente recibirá pronto; y segundo: no volver á este sitio. Es demasiado poético para un hombre soñador ya se lo he dicho otra vez.

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

XXIII

Era Mr. Crissey un hombre de unos treinta y cinco ó cuarenta años, de mediana estatura delgado, nervioso, la color encendido, tostado el cutis por el sol, los ojos pequeñitos, pero relampagueantes de viveza, los labios delgados, el bigote escaso como el bozo de un adolescente y la nariz fina y ligeramente remangada. Hablaba perfectamente el español, aunque apretaba los dientes al hablar como si quisiera morder las palabras. Su llegada produjo una gran conmoción en la casa de don Teodoro. Vueltas y revueltas de los criados, aparición de la vajilla de lujo, doblados capricho-

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

sos de las servilletas, flores extrañas y manjares nuevos.

Cuando se sentaron á la mesa el día de la llegada, todo era seriedad y compostura; pero el carácter alegre, vivaracho é inteligente de Mr. Crissey no tardó en romper el hielo de la etiqueta. Contó con gracia, algunas anécdotas de las otras Repúblicas de Centro América, habló de los últimos progresos alcanzados por los Estados Unidos y criticó con cierto chiste exótico algunas ridiculeces de sus compatriotas. Hablaba, reía, y hasta sus más pequeñas demostraciones eran de bienestar y contento.

—¿A qué Ud. ya no se acordaba de mí? dijo á Emma después de un breve silencio.—Era Ud. tan pequeña cuando nos vimos.

—Yo me acuerdo perfectamente. Fué en New York. ¿no es cierto? Ud. no ha cambiado. Parece increíble que en un hombre que trabaja tanto, no haga estrago el tiempo.

—Es que no soy viejo—repuso él sonriendo.

—Yo lo sé; pero no es la edad la

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

que más gasta á los hombres, es el trabajo.

—Ud. tampoco ha cambiado—interrumpió Mr. Crissey.—La hermosa promesa de ayer es hoy una realidad: he ahí toda la diferencia.

—Y su ferrocarril cuando estará concluído—preguntó don Teodoro, cortando la conversación y deseoso siempre de probar que en él había un fondo práctico, positivista, apesar de su raza. Hablar de empresas, sobre todo si eran grandes le parecía el colmo del buen gusto.

—He calculado que todo estará concluído en diez meses y nueve días—dijo Mr. Crissey con firmeza.

Y comenzaron una animada conversación sobre el nuevo camino de hierro. Era un trabajo ciclopeo que costaría muchos millones. Había que abrir tuneles, que tender puentes, que derribar montes y alzar terraplenes. Se trataba de la gran lucha con la naturaleza, con nuestros accidentados terrenos y nuestros inviernos rigurosos.

—Pero siendo así—exclamó Julio—

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

¿cómo pone Ud. un término fijo, señalando hasta los días para la conclusión de la obra?

--Porque se concluirá en ese tiempo. Es cosa fácil. Si un río se llevase un puente, antes que las aguas arrastren el último madero, ya estará tendiéndose otro nuevo puente; si faltan obreros se doblará el número; si los millones presupuestados no son suficientes, se invertirán otros millones más. Cuestión de cuidado es todo. Para el hombre no hay más que una cosa imposible: evitar la muerte, convénzase Ud.

Y agregó con su acento de profunda convicción.

—Tres vapores más he agregado á la *Fenix*. Vapores muy grandes. Uno de ellos estará siempre listo para recibir órdenes por cable. Si faltan obreros, los irá á traer donde los haya; si faltan materiales, también. Lo que puedo asegurar, es que la obra se hará en el término señalado. No crea Ud. que esto es una gran cosa.

Todos tenían los ojos fijos en mister Crissey. Aquel hombre delgado, casi

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

pequeño, parecía crecer cuando hablaba de sus empresas. Su escaso bigote y su naricita remangada de pilluelo lo hacían más joven y por lo mismo más interesante. Atraía. Su confianza y su resolución, unidas á su sencillez, confortaban el alma. En su rostro no se veía más pasión que la del trabajo, la lucha y la empresa.

Julio, dominado por la misma atracción, no se daba cuenta de ello, aunque sí la adivinaba en Emma. Los ojos de la joven no se apartaban del empresario, fijos asombrados, pero sin su varonil intensidad. Cuando le tocaba dirigirse á Mr. Crissey lo hacía sin su acento de dominio y de imperio; con recelo, casi con temor. Además parecía fijarse poco en él. Todo esto lo observaba y sufría horriblemente.

Cuando terminó la comida su tormento había tocado la sima. Los celos mordían sin piedad en su alma. Se puso de pie, antes que nadie, y pretestando dolor de cabeza se retiró á su cuarto. Abrió la ventana, para buscar el fresco aire de la noche y se

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

puso á escribir á Margarita una carta sincera, amorosa, casi sentimental.

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

XXIV

A la mañana siguiente Julio no bajó al jardín como tenía por costumbre. Había pasado la noche entre los martirios del insomnio y los celos y su espíritu se hallaba dominado por febril agitación. Leyó la carta que había escrito la víspera y la rompió. Era infame despertar ilusiones en el alma de una virgen que ya nada podía esperar de él. Aquellas páginas dictadas por el despecho no debían llegar á su destino.

—Es un alma superior, me ama, pero *esto ha matado aquello*—dijo y comenzó á pasearse por el cuarto. Quería dominar su agitación; la consideraba inmotivada. ¿Por qué sufrir así?

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

¿Qué había hecho Emma para causarle tan hondo padecer? Nada: clavar sus ojos en el empresario con el mismo interés que los demás, y parecer dominada en su altivez por aquel hombre superior. En cambio á él habíale sonreido varias veces; estrechó su mano fuertemente al despedirse y le dijo:

—No se olvide mañana temprano de nuestro paseo.

Y él no se olvidaba: Se aproximó al cristal de la ventana y vió á Emma que lo aguardaba en el jardín. Su sombrero de paja parecía una aureola sobre su tersa frente. Había recobrado su imperio: brillaban sus ojos con luz de astro y sus mejillas eran frescas y purpuradas como las lindas rosas abiertas con el alba. Julio tuvo la idea de bajar á reunirse con aquella mujer que había acabado por llenar su alma; pero no lo hizo. Se avergonzaba del dominio que aquellos ojos, tan humildes para el empresario, ejercían sobre él. Decidió no bajar. Con la cara pegada al cristal, permaneció como sumido en un éxtasis

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

místico, contemplando la radiante belleza de su prima.

Emma entre tanto se ocupaba en cortar flores. Llevaba en la mano un lindo ramillete y de cuando en cuando sus ojos se volvían con ansiedad á la casa como si esperase una grata aparición. Una leve sonrisa se dibujó en su rostro, mientras Julio se ponía densamente pálido, Mr. Crissey había bajado al jardín.

—Lo esperaba, pensó Julio—y sus ojos se humedecieron.

Mr. Crissey se aproximó á Emma y comenzaron á hablar con calor. Ella sacó del ramillete una rosa encarnada y se la dió al empresario. Julio no pudo soportar más tiempo, se retiró de la ventana y se arrojó en su lecho. Sentía el corazón oprimido y rompió á llorar.

Dos golpecitos dados con timidez en la puerta lo sacaron de su doloroso arrebato.

—Quién?—preguntó, tratando de dar firmeza á la entonación de su voz.

—Julio, está Ud. enfermo?—murmuró Emma desde afuera con acento

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

dulcemente timbrado. Hace rato que lo espero en el jardín ¿no iremos á paseo?

—Me es imposible—repuso Julio, siempre ocultando su emoción.—Continúo con dolor de cabeza.

—Nada se le ofrece? desea que le mande algo?

—Nada, gracias.

—Hasta luego, que se alivie,—murmuró con acento que parecía un canto—y se oyeron sus pasos, que se apagaban en el silencio, como los últimos rayos del sol entre los pliegues de las sombras nocturnales.

Julio se aproximó á la ventana de nuevo. Una sospecha le mordía el alma.

—Falsía, falsía, nada más que falsía!—rugió con sorda voz.

Emma y Mr. Crissey se perdían entre la fronda, camino del árbol poético donde Julio había, por vez primera, roto el santo secreto de su amor.

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

XXV

A la hora de almorzar, Julio se dirigió al comedor. En el pasillo se cruzó con Emma.

—Cómo se encuentra Ud.?—preguntóle ésta con tierna solicitud.

—Estoy mejor, gracias—repuso Julio secamente.

Hubo una breve pausa.

—Tiene Ud. los ojos encendidos, parece que ha llorado. ¿Recibió cartas?

—No, ni espero recibirlas,—repuso él, y clavando en Emma sus ojos, como si quisiera dominarla, agregó cortando el hilo de la conversación:

—Y Ud. se divirtió mucho esta mañana?

—Oh! no. Me hizo Ud. mucha falta.

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

En los labios de Julio se dibujó una sonrisa, profundamente irónica, y un gesto que podía traducirse por: «no lo creo», animó su rostro.

—La prueba es que estuve esperándole y que fuí á llamarlo cuando ví que no llegaba, añadió ella comprendiendo lo que aquel gesto quería expresar.

—Sin embargo Ud. parecía muy contenta con su nuevo acompañante..... y muy obsequiosa.

—Obsequiosa?

—Ví que Ud. le ofrecía una flor.

Emma dejó correr una argentina carcajada. Había comprendido la enfermedad de Julio: el gusanillo de los celos le mordía el alma.

—Es Ud. un niño, decididamente un niño—le dijo alegremente.—¿Cómo quería Ud. que negara una flor que se me pedía? Pero aquella—añadió quitándose la rosa que llevaba en el pecho y ofreciéndosela á Julio—no tenía el mérito de esta. ¿No es verdad? ¿Está Ud. contento? ¿Iremos á paseo esta tarde?—Y apretó suavemente la mano del joven. Este llevó la rosa á

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

sus labios y la besó apasionadamente.

Había recobrado su tranquilidad: brillaban sus ojos alegremente y la sangre coloreaba de nuevo sus mejillas.

Apartadas las sombras de su cielo, sentíase feliz. Renació la esperanza en su corazón y de nuevo dió suelta á su fantasía en el campo de los sueños.

Después de aquella explicación Emma pareció más cariñosa que nunca. Cierto es que sus ojos seguían fijándose con admiración en Mr. Crissey; pero en cambio cuán dulce expresión tenían para Julio. Se continuaron los cotidianos paseos, sin que Julio perdiese oportunidad de hacer patente su amor. Emma se dejaba querer. Cuando las palabras del enamorado requerían una contestación que pudiese comprometerla, llevándose el índice á la boca en señal de silencio, le decía:

—Ya sabe que es prohibido hablar de estas cosas antes que lleguen cartas de París.

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

XXVI

Emma, educada en un pueblo esencialmente práctico, mas entregado á la acción que al ideal, llevando en sus venas sangre sajona, no podía, sin embargo, resistir á la simpatía que le inspiraban los soñadores, los temperamentos nerviosos, las almas que poco aptas para la vida del mundo, quieren con un esfuerzo de imaginación, trasladarse á más altas esferas, donde los abrojos de la tierra no hieran sus pies. Pero esta simpatía, era en ella más que todo un capricho, un afán de variación; hallábase mezclada á una cierta piedad, invencible. Lejos, muy lejos estaba de ser un sentimiento profundo. Su educación

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

y su carácter, la inclinaban con mayor fuerza á lo práctico, á lo útil, é impresionaba más hondamente su alma lo enérgico y fuerte, que lo sentimental y suave.

Esa simpatía, forma especial de un capricho, era lo que sentía por Julio, con tanta intensidad, que en ciertos momentos había llegado á sospechar que un principio de amor germinaba en su alma.

Una especie de lucha secreta, de que ni ella misma se daba cuenta, sostenía su alma desde la llegada de Mr. Crissey. Aquel hombre superior la atraía de manera irresistible, la dominaba. Sus palabras llenas de fe, su energía infatigable, su voluntad de acero, cualidades eran que Emma, no podía adivinar en un hombre, sin sentirse agradablemente impresionada por él. Sin embargo el llanto de Julio, los celos que turbaban su alma, la delicadeza infinita de su amor, habían triunfado en ella por el momento. Además Mr. Crissey apenas si la había prodigado alguna atención y gastado con ella una galantería. Preo-

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

cupado con sus grandes empresas, trabajando constantemente, parecía un hombre incapaz de rendirse á los dulces halagos del amor. Es cierto que la miraba de una manera especial, que ocupaba, siempre que podía, asiento cerca de ella, que en sus viajes á New Charleston cuidaba de traerle bombones ó violetas y que había dicho en cierta ocasión, viéndose muy encomiado en sus empresas por don Teodoro:

—Me falta la mayor de todas.

Y cuando se le preguntó cuál era, dijo sonriendo sin apartar sus ojos de Emma.

—La del matrimonio.

Por lo demás ninguna otra demostración daba de fijarse en la joven de una manera especial. Ella por su parte, viéndose adorada por Julio, había acabado por ver hasta con indiferencia á Mr. Crissey.

Cierto día, hallábanse, después de almorzar, el empresario, Emma y Julio, de sobre mesa en el comedor, cuando entró don Teodoro presa de febril agitación, pálido el rostro, y

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

lleno de asombro la mirada. Con voz trémula decía á voces:

—Tomás. Donde está Tomás? Qué hacemos? yo no puedo, vamos.....

—Pero que pasa?—preguntó Julio.

—Donde está Tomás?

—Se ha ido esta mañana con los ingenieros, repuso Mr. Crissey—Díganos, qué sucede?

—Una huelga en la fábrica—añadió don Teodoro suspirando.—Todo se ha perdido!

Una sonrisa leve pasó por los labios del empresario.

—Eso no vale nada—dijo tranquilamente.—Vamos allá. Yo pondré orden.

Se dirigieron todos á la fábrica. En el patio, con caras de bestias feroces, estaban los obreros dispersados en grupos, hablando en voz alta y protestando contra las injusticias de que se consideraban victimas, mientras, por las ventanas, las mujeres asomaban sus cabezas en racimos. Mister Crissey se adelantó hacia ellos con paso firme: llevaba el entrecejo contraído y sus ojos brillaban con luz

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

fosforescente, como los de un tigre irritado.

—Que pasa aquí—gritó con voz firme en que se advertía al momento, al hombre acostumbrado á mandar y á ser obedecido.

Un obrero joven, de cara inteligente y mirada sombría, tomó la palabra para exponer los motivos de la huelga y pedir que se les concediese lo que solicitaban, pues de otro modo y—aquí imprimió á sus palabras acento de amenaza,—abandonarían la fábrica y don Teodoro tendría que arrepentirse.

Cuando hubo concluído entre las aclamaciones de sus compañeros, mister Crissey, como si no hubiese puesto atención á lo dicho, alzó la mano y señalando con el índice la puerta de entrada, dijo con enérgica entonación:

—Subid á los talleres. Esta no es manera de pedir á un jefe. Subid ó quienes se tendrán que arrepentir seréis vosotros. Subid.

Había tal expresión de fuerza en su rostro y tal seguridad en sus palabras,

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

que aquellos hombres que poco antes, llevaban en su mirada el reto y en su rostro un ceño salvaje, cambiaron como por obra de magia. Perdieron audacia sus ojos, inclinaron las cabezas, y sin darse cuenta de por qué obedecían, uno tras otro, fueron subiendo á los talleres para dedicarse cada cual á su trabajo. Cuando tras ellos subió Mr. Crissey, seguido de don Teodoro, Emma y Julio, cada uno ocupaba su puesto. El empresario recorrió los salones con aire de imperio. Cuando llegó frente al obrero que había tomado la palabra á nombre de sus compañeros, le dijo:

—Ud. queda despedido de la fábrica. Estoy autorizado por el empresario para decírselo.

—Señor—exclamó el aludido con voz suplicante—le ruego, vea Ud. que estoy recién casado, yo ofrezco.....

El empresario le interrumpió con acento que no admitía réplica.

—Está Ud. despedido; no tengo más que decir.—Y salió del salón donde no se oía más ruído que el de las máquinas en su activo trabajo y el de

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

las respiraciones uniformes de aquella gente que presa de emoción profunda, guardaba religioso silencio.

La actitud enérgica y triunfadora de Mr. Crissey, en el momento de la huelga impresionó profundamente el corazón de Emma. Aquel hombre creció á sus ojos. La admiración que ya le profesaba tomó la apariencia de un culto que se traducia por cortedad y timidez, impropias del carácter casi varonil de aquella mujer. El surco trazado por el llanto, los celos y la delicadeza de Julio, desapareció en su alma, cubierto por aquella nueva impresión. — Cambió notablemente con su primo: era menos afectuosa, esquivaba con frecuencia su compañía y en más de una ocasión mientras él daba suelta con calor á sus sentimientos, ella, trazando figuras con la punta de la sombrilla en la arena, mordiendo el tallo de una rosa, ó deshojando una margarita, se olvidaba de su acompañante y embebida en sus propios pensamientos, desoía la tierna conversación.

—Qué le pasa Emma? Hace días

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

que noto en Ud. algo extraño. Me parece que Ud. tiene algo que la preocupa hondamente.—La dijo Julio, cierto día en que después de haberle referido su último sueño, en el que ella jugaba un principal papel, la sorprendió sumergida en profunda meditación, sin que lograse darse cuenta de lo que acababa de oír.

Una oleada de púrpura tiñó el rostro de Emma. Trató de probar que nada especial torcía su manera de ser y se enredó en explicaciones extrañas de las cuales no podía salir, contradiciéndose, repitiéndose y acabando finalmente, por no decir nada que respondiese á las preguntas de Julio. La verdad es que ella misma no se daba cuenta del estado de su ánimo. No se hallaba á gusto en ninguna parte, buscaba la soledad, más sin darse cuenta de los móviles que la llevaban á proceder así. Una circunstancia, para ella inesperada, vino á darle la clave del enigma.

Mr. Crissey, debía partir para San José, donde le esperaban los ingenieros que habían hecho el trazo del

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

ferrocarril hasta la frontera de Colombia. La víspera de su viaje después de la comida, aprovechando la ausencia de Julio que escribía unas cartas de su padre, acercándose á Emma la dijo:

—Tengo algo reservado que hablar con Ud. ¿Puede permitirme unos momentos?

Emma sintió que sus miembros temblaban y que su rostro empalidecía.

—Cuando Ud. guste,—repuso con voz débil, y se dirigió al salón. Deseaba sentarse. Una suave y general laxitud le impedía estar cómodamente de pie. Mr. Crissey se colocó á su lado.

—Ud. sabe que yo no soy un hombre de salón—comenzó diciendo éste con voz tierna pero firme.—Mis empresas me han impedido cultivar la sociedad de señoras y hasta de hombres de buen tono, por lo mismo—agregó,—no se sorprenda Ud. de la rudeza con que voy á hablarle. Sé que estos asuntos no se tratan así, pero yo no sé tratarlos de otro modo.

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

Emma, le oía sin apartar sus ojos del fino pañuelo de batista que tenía en la mano y sobre el cual hacía correr, con nervioso movimiento, la rosada uña de su dedo pulgar.

—Yo no he tenido tiempo—añadió Mr. Crissey—ú ocasión de fijarme en las mujeres. Pero, es el caso que desde que llegué á ésta, la fisonomía de Ud. me llamó la atención. Su carácter, su inteligencia, su educación, me gustan. En una palabra, creo que Ud. haría mi felicidad casándose conmigo. He logrado hacerme un porvenir y se lo ofrezco, he trabajado mucho y necesito descanso: es hora ya de que forme un hogar. ¿Que piensa Ud? ¿Me ayudaría á formarlo?

Aquella súbita confesión, aquel sincero ofrecimiento de lo que Mr. Crissey llamaba un porvenir: muchos millones hechos á costa de muchos trabajos, y sobre todo la revelación, la luz que llevaron á su alma las frases del empresario, descubriéndole el secreto de su amor, la turbaron de tal manera, que tardó largo tiempo en contestar. Alzó los bjos del pañuelo

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

ligeramente húmedos por la emoción y los clavó en el empresario con asombro. Bajólos de nuevo y, con voz que temblaba levemente, repuso:

—Me sorprende tanto lo que usted me dice..... Yo nunca hubiera creído..... Debe comprender que no puedo contestarle ahora. En San José recibirá mi contestación. Quiero también hablar con mi padre.

—He hablado ya con él—interrumpió Mr. Crissey con satisfacción.—Está de acuerdo siempre que Ud. lo esté.

—Sí? repuso Emma con cierta impensada alegría.—De todas maneras en San José recibirá mi contestación.

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

XXVII

Mientras oía la sincera confesión de Mr. Crissey, apesar del intenso placer que ésta le causaba, Emma no podía impedir que el recuerdo de Julio asomase á su pensamiento. No ignorando la contestación que iba á dar, comprendía que era llegado el momento de separarse, para siempre, de su primo, aquel soñador que había endulzado tantas horas de su vida y elevado su alma á las azules regiones del ideal. Esta separación la entristecía. En las almas jóvenes no se borran sin dolor las invisibles huellas marcadas por los sueños.

A esta tristeza se unió más tarde una sombra parecida al remordimiento. Sintió necesidad de referir á Julio

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

la proposición de Mr. Crissey y la respuesta que pensaba darle; pero no se atrevió. Comprendía el golpe que iba á causarle y le faltaba valor para llevar tan honda pena al corazón de un sér que tanto la amaba.

Trató de evitar los encuentros con Julio; interrumpió los paseos matinales; procuró no encontrarse á solas con él. No quería engañarlo y le faltaba ánimo para hacerle saber la verdad. Sin embargo aquella situación no podía prolongarse. Julio no se la explicaba, pero sufría cruelmente y sin querérselo confesar á sí mismo, veía una nube tempestuosa obscurecer el cielo de su vida. Al fin llegáronle cartas de Margarita: llenas de amor y de quejas, amargas y tiernas. No le produjeron impresión ninguna, pero reavivaron la llama encendida por Emma. Estaba rota la consigna de silencio, ya podía hablar. Era llegada la hora de resolver el problema que tan profundamente le preocupaba. Aprovechando una tarde en que Emma bajó al jardín, se dirigió á ella y la dijo:

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

—Ya puedo hablar, he recibido cartas.

—Es tarde le respondió Emma,— tratando de parecer tranquila.

—Tarde? exclamó él con acento de angustia.

Emma fijó sus lindos ojos en Julio, le tendió la mano y le dijo:

—Quiero suplicarle un favor. ¿Me lo concederá?

—Lo que pida.

—Pues bien ni me diga, ni me pregunte nada. Es ya tarde para que hablemos.

Los ojos de Julio se fueron humedeciendo lentamente hasta rodar por sus mejillas el llanto. Tomó entre las suyas la mano de Emma, la besó con efusión y apartándola repentinamente de sus labios, huyó de la joven sin proferir ni un reproche, ni una queja.

No tardó en conocer todo lo espantoso de la realidad. La incertidumbre y la zozobra que las misteriosas palabras de Emma llevaron á su alma, desaparecieron fundidas en un intenso dolor, cuando, á la hora de comer, don Tomás participó el matri-

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

monio de su hija con el empresario.

—Soberbio—decía don Teodoro frotándose las manos—eso es casarse.

Julio comía apresuradamente con la cabeza inclinada sobre el plato para ocultar su turbación y su angustia, y Emma guardaba silencio, deseosa de respetar aquel sincero dolor que nada más ella conocía.

Don Tomás, con íntima satisfacción, continuaba hablando del asunto. Enumeró las grandes cualidades de Mr. Crissey, se ocupó de su carácter, de su talento, de sus millones, acabando por anunciar su partida próxima para San José, y por invitar á todos para la boda; sería una boda regia.

—¿Regia?—repetía don Teodoro—más que regia! Hoy los millonarios valen más que los reyes—y, acompañaba su frase de una risa bonachona que él trataba de hacer picaresca.

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

XXVIII

Julio no quiso acompañar á Emma hasta el muelle de San Rafael, de donde partían los trenes muy de mañana con rumbo á la capital. Comprendía que llegado el momento de la separación iban á faltarle las fuerzas para resistir y el secreto de su amor, que con tanto interés ocultaba á sus padres, sería revelado por su llanto y su debilidad.

Cuando, oculto detrás de los cristales de su ventana, vió partir el coche que conducía á su amor, sintió un hilo de nieve circular por sus venas, enjugó sus ojos que se humedecían, y largo rato mantúvose con idiótico mirar, fijo en la arboleda por donde el vehículo desapareció.

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

Después sintió el deseo de visitar el cuarto de su prima. Una ligera vacilación detúvolo en la puerta; le pareció que iba á profanar un recinto sagrado. Tal pensamiento no se hizo sentir mucho, deseaba entrar y entró. El ambiente era tibio é impregnado de aroma virgíneo: embriagaba. El lecho sin arreglar como un molde sin concluir, vagas y apenas perceptibles dibujaba las formas de un cuerpo humano. En medio de aquella vaguedad podían adivinarse deliciosas curvas. Julio hundió su rostro en las almohadas y aspiró con fruición el perfume que se desprendía, un perfume de juventud y de primavera. Al inclinarse, su mano habíase posado casi en mitad del lecho, que aún conservaba el calor de un nido recién abandonado. Al sentir aquella impresión tibia, quiso acercar á ella la cabeza y la acercó. El olor á mujer, pero á mujer joven, limpia, hermosa era allí más penetrante. En aquel momento, Julio había olvidado su dolor: el macho mataba al hombre, el instinto al sentimiento. Mantúvose en esa

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

posición largo rato; en seguida, como avergonzado de sí mismo, se irguió con altivez. Sus ojos se fijaron en una rosa que se moría sobre el velador. Era una rosa encarnada. La figura de Mr. Crissey tal como la vió en el jardín cuando este habló con Emma, á solas, por primera vez, apareció en su mente, y los celos turbaron su vista y encendieron su rostro. Cogió entre sus dedos la flor moribunda y la hizo pedazos. Luego como si aquella violencia provocara su fibra sentimental, sintió un nudo en la garganta, profuso llanto acudió á sus ojos y desfallecido, palpitante, se arrojó sobre el lecho, empapando de lágrimas á aquellos linos blancos y perfumados donde aún parecía vivir el alma de la bella mujer que tanto amaba.

No un violento dolor, una profunda, tenaz invencible melancolía se apoderó de Julio desde este instante. Desentrañó del fondo de su baúl los colores y los pinceles esperando distraer su pena con las dulzuras del arte á que había dedicado sus ocios en París. Trató al principio de copiar un

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

paisaje campestre, pero inspirándole este trabajo poco interés no sujetaba su atención bastante, y abría libre puerta á sus tristes pensamientos. Entonces decidió hacer un retrato de Margarita. Evocó intensamente sus recuerdos; colocó la fotografía á un lado del caballete y comenzó la obra. A medida que el trabajo avanzaba era menor el parecido, no obstante que los colores estaban muy bien preparados, y tenían la misma tonalidad que el rostro de la joven; la expresión era distinta y el dibujo no se ajustaba á la medida de sus deseos. Cómo si una fuerza superior á su voluntad guiase su mano, la copia resultaba muy diferente del original. Cierto día en que se alejó del cuadro para poder apreciar mejor un efecto, no pudo contener un movimiento de impaciencia y de cólera. El retrato, se parecía más á Emma que á Margarita. Al principio esta semejanza lo mortificó hasta hacerle por algunos días abandonar su tarea; más tarde, atraído por aquel lienzo donde le habia traicionado su amor, volvió al trabajo,

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

definitivamente resuelto á seguir los impulsos de la secreta voluntad que desde un principio venía inspirando su numen de artista. Un amargo placer le ocasionaba la realización de su obra. La terminó.

Daba los últimos toques al vestido, cuando una mañana entró su padre al cuarto:

—Magnífico, magnífico—exclamó al ver el lienzo—es un gran trabajo. ¿Supongo que será tu regalo de boda?

Julio hizo un movimiento de cabeza que podía traducirse lo mismo por una respuesta negativa, que afirmativa, y continuó pintando.

—El lunes se verificará el matrimonio—agregó don Teodoro. Supongo que tú irás. Ya vale la pena!

—Yo—repuso Julio como quien despierta de un sueño lleno de asombro.—No, no iré. Y me parece que usted tampoco. Es el día en que se verificará la ceremonia oficial de la anexión, y creo que eso, aunque se trate de una fórmula, le mortificará tanto á Ud. como me mortificaría á mí si fuese.

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

La turbación que estas palabras le produjeron á don Teodoro, impidiéronle contestar al momento. Se puso los lentes y se aproximó al lienzo para disimular su embarazo; enseguida, dando una palmada á Julio sobre el hombro y riendo con su franca risa, dijo:

—No pensamos de igual manera. Yo creo lo contrario. Voy más por la ceremonia de la anexión que por el matrimonio. Quiero estar allí como una protesta viva y animada, quiero demostrar, de manera palmaria, que aún puede estar Daniel en el antro de los leones sin ser devorado por ellos.

Julio no pudo evitar una leve sonrisa que desplegó sus labios. Sabía que su padre acababa de mentir. Este iba á la capital por el matrimonio, nada más que por el matrimonio. En primer lugar gustábale mucho divertirse y en segundo estaba seguro de encontrar muchos hombres de negocios en la boda, lo cual le permitiría dejar bien puesta su fama de hombre práctico, positivista y trabajador. Por otra parte la anexión le

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

importaba muy poco, habíala aceptado hacía largo tiempo y, quién sabe, quizá la acogía con entusiasmo, con placer.

—Esa será mi actitud—agregó satisfecho de lo que había dicho—será, en el fondo una bofetada á los invasores. Oh!, si faltara obraría indignamente; daría pruebas de cobardía y debilidad.

—Pues yo—masculló Julio, mientras su padre salía del cuarto altivo, resuelto, como si ya estuviera protestando con su actitud en plena ceremonia—yo, prefiero quedarme aquí: soy débil y cobarde.

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

XXIX

La mañana era triste. Arropado el cielo en una niebla color de plomo, hacía que el sol virtiese sobre el mundo una luz enfermiza. Se obscurecía el verde de los campos y entre los tupidos follajes se escondían las sombras. No cantaban los pájaros, ni murmuraba el viento; la naturaleza parecía renuente á despertar. Julio montó á caballo y se perdió entre el bosque. Visitó el río, la cascada donde estuvo con Emma en su primer paseo, el árbol poético, rincón propio para un idilio, y después dejó al caballo tomar el rumbo que quisiera. ¡Qué cúmulo de ideas se agitaba en su mente! Oprimido estaba su corazón,

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

triste su alma. Aquel era un día fatal. Emma se unía al empresario, Centro América se anexionaba á los Estados Unidos. A su patria y á su amada las perdía en un mismo momento. ¿Qué le quedaba ya? Nada. Quiso evocar el recuerdo de Margarita y no lo consiguió. La silueta pálida de la dulce niña, se apagaba entre las sombras de su dolor. Sólo tenían vida entre las tinieblas, como puntos de luz, los recuerdos de las horas pasadas junto á Emma. Los ojos fascinadores de aquella mujer lo dominaban aún. Hubo un momento en que se avergonzó de su idealismo, de su educación y de su raza. Si él hubiese tenido un poderoso temperamento sajón, si hubiera sido más práctico, si no hubiera llevado en sus venas sangre noble pero enfermiza, él hubiera podido conquistar á Emma y ser feliz.

Así pensaba, cuando se encontró sobre una colina, llevado por el caballo que caminaba á su arbitrio. Eran las doce del día. El sol habiendo rasgado con sus zahetas de oro la gasa de niebla, vertía la gloria de su luz sobre

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

la verde hermosura de los campos. Allá á lo lejos se dibujaban los edificios de la fábrica, adornados con banderolas de los Estados Unidos que acababan de enriquecer con cinco estrellas más, su expléndida constelación. Una lágrima asomó á sus ojos. Volvió la vista al lado opuesto como para huir de aquella visión dolorosa y alcanzó á divisar allá en los confines del valle, pequeño como una hormiga, un tren que se encaminaba al muelle de San Rafael. Aquello fue un nuevo golpe. En aquel tren venían los recién casados. Como atraído por fuerza superior comenzó á seguirlo con la vista, sin poderla apartar ni un momento. El tren avanzaba con asombrosa rapidez. Crecía al acercarse y los gallardetes y banderolas que lo adornaban se distinguían perfectamente, en medio de la explosión luminosa de aquel dia primaveral.

El tren debía pasar bordeando la colina donde se encontraba Julio: éste giró su vista á una y otra parte como el general que estudia el campo para disponer una batalla. Un fulgor ex-

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

traño irradió en sus pupilas; empuñó las riendas con firmeza y comenzó á descender de la colina por el lado opuesto al que traía el tren. Al ver la plácida expresión de su semblante, su altivo porte y su mirar tranquilo, cualquiera pensaría que un feliz anuncio acababa de extinguir para siempre las sombras en su alma. Cuando se halló al pie de la colina, sacó su reloj, vió la hora y esperó un momento. Una suave vibración se sintió en los rieles, seguida del traquetear creciente del tren que se aproximaba. Julio se aseguró en la montura como lo hubiera hecho un caballero medioeval en un torneo, antes de lanzarse sobre su contrincante. Clavó al potro las espuelas y sobre el camino férreo, á galope tendido, fuése al encuentro del tren. El maquinista no podía verlo; ambos bordeaban la colina, que con su alta mole cerraba las lontananzas. El tren y el potro corrían velozmente: la hora de encontrarse no se hizo esperar. El maquinista se apoderó de la cuerda del silvato y le arrancó un quejido prolongado; tiró

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

de la palanca y quiso parar el tren. Era tarde, ya estaban muy cerca. El caballo también quiso detenerse; clavó sus patas rígidas en el suelo levantando una nuve de polvo; pero al sentir de nuevo el acicate hundido en sus ijares, dando un tremendo salto prosiguió su carrera. Los pasajeros que habían oído la voz de alarma asomaban sus cabezas por las ventanillas de los carros. Julio alcanzó á ver en un departamento de primera, una linda cabecita que reconoció al momento: era la de Emma, su adorada Emma que venía á pasar al campo su luna de miel. Un grito de espanto se escapó de todas las bocas, el maquinista y el fogonero, ambos de pie, también gritaron llenos de horror, mientras hacían el último inútil esfuerzo por contener la máquina. El encuentro fué inevitable. Caballo y caballero, arrojados por la gran mole de hierro, rodaron juntos sobre las bruñidas cintas de los rieles Después, entre el traquetear de los carros, los suspiros del vapor y el metálico ruído de las ruedas, se oyó un crujir

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

de huesos, y el ahogado relincho de un caballo, mientras el tren con su cortejo magnífico, arrastrando á una pareja feliz, pulverizaba al último representante de una raza caballeresca y gloriosa.

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

ES PROPIEDAD DEL AUTOR
Queda hecho el depósito que marca la ley

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

0000150283

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud. Costa Rica.